NARRATIVA DE CORDELIA
213

Los 38 Asesinatos y Medio del Castillo de Hull

Y otras Novísimas Aventuras de Sherlock Holmes

Primera edición en Reino de Cordelia, agosto de 2025
Basada en las publicadas en *El libro del convaleciemte* en 1930 y *Exceso de equipaje* en 1943 por Biblioteca Nueva

Edita: Reino de Cordelia
www.reinodecordelia.es
@reinodecordelia.es facebook.com/reinodecordelia
https://www.youtube.com/c/ReinodeCordelia01

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española
© Reino de Cordelia, S.L.
C/Agustín de Betancourt, 25 - 6º pta. 13
28003 Madrid

El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Herederos de Enrique Jardiel Poncela, 1930, 1936, 2025

Ilustraciones de cubiertas: Gus Mager, 1912 y 1914
Ilustraciones interiores: Joaquín Sama, 1930

IBIC: FF | Thema: FUP
ISBN: 979-13-87599-20-1
Depósito legal: M-16385-2025

Diseño y maquetación: Jesús Egido
Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press
Impreso en la Unión Europea
Printed in E. U.
Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Los 38 Asesinatos y Medio del Castillo de Hull

Y otras Novísimas Aventuras de Sherlock Holmes

Enrique Jardiel Poncela

Ilustraciones de Joaquín Sama

Índice

Nota previa 7

Los 38 asesinatos y medio del castillo de Hull 11

Prólogo | Mi encuentro con Holmes 15

I. Planteamiento del problema 21

II. Caen nuevas brumas sobre el problema 33

III. El problema se pone todavía más oscuro 39

IV. De tan oscuro, el problema se pone ya intransitable 45

V. Situación angustiosa 55

VI. Sherlock Holmes resuelve el problema del modo más inesperado del mundo 59

Novísimas aventuras de Sherlock Holmes 65

Prólogo | Mi encuentro con Holmes 67

La serpiente amaestrada de Whitechapel 75

El hombre de la barba azul marino 85

La momia analfabeta del Craig Museum 95

El anarquista incomprensible de Picadilly Circus 103

La misa negra del barrio de Soho 111

El frío del Polo 119

Los asesinatos incongruentes del Castillo de Rock 127

Nota previa

El 1 de abril de 1928, Enrique Jardiel Poncela (Madrid, 1901-1952) comenzó a publicar en la revista *Buen Humor* siete episodios y un prólogo parodiando al popular detective creado por Arthur Conan Doyle. Los tituló globalmente *Novísimas aventuras de Sherlock Holmes.* Todas ellas fueron recopiladas en 1930 en el volumen de miscelánea *El libro del convaleciente,* editado por Biblioteca Nueva.

Acompañaba gráficamente esta parodia detectivesca el dibujante Joaquín Sama, médico republicano que jugaba a ilustrar aspectos que nada tenían que ver con el texto al que se enfrentaba Jardiel, para que este hiciera gala de su inventiva y lograra encajar los dibujos en la trama; un juego tan absurdo como divertido.

Sherlock Holmes ya era por entonces un personaje popular, imitado hasta la saciedad, y la novela policíaca un género en alza. El propio Jardiel asumió el 28 de julio de ese mismo año la redacción de una novela corta y seria

sobre Jack el Destripador, en la que Thomas McLower, agente de Scotland Yard, investigaba los asesinatos de Whitechapel, perpetrados, por cierto, no muy lejos de Baker Street, la calle de Holmes.

El éxito de la parodia humorística sobre el famoso detective inglés, en la que el propio Jardiel suplanta a Watson como narrador y ayudante, le llevó a desarrollar en 1936 una novela corta, utilizando para ello la trama del séptimo episodio, al que añadió, a modo de prólogo, partes del primero. La tituló *Los 38 asesinatos y medio del Castillo de Rock* y apareció de forma independiente en un par de colecciones, entre ellas «La Novela Corta».

Posteriormente, ya rebautizada como *Los 38 asesinatos y medio del Castillo de Hull*, Biblioteca Nueva volvió a recopilarla junto a otras novelas de pequeño tamaño en el segundo gran libro de miscelánea que editó a Jardiel, *Exceso de equipaje*, fechado en 1943.

Para realizar esta nueva edición se han cotejado la mayoría de las anteriores —además de la versión publicada en las *Obras completas* de este autor editadas por AHR— y respetado los textos fijados en *Exceso de equipaje* y *El libro del convaleciente*, que presentan ligeras modificaciones respecto a las versiones precedentes; además, se ha utilizado el tomito de la popular Colección Pulga *7 novísimas aventuras de Sherlock Holmes*. Las ilustraciones de Joaquín Sama han sido entresacadas de *El libro del convaleciente*.

Editar a Jardiel es reconocer a uno de los grandes escritores del siglo XX español, tal vez el dramaturgo más popular y cotizado de la posguerra española, aunque

como el resto de los que integraron la denominada Otra Generación del 27 —Miguel Mihura, Edgar Neville, José López Rubio…— ha tenido que pagar el precio de la amenidad y, sobre todo, el de haber construido la mayor parte de su obra con un elemento generalmente despreciado por la Academia, el humor.

Las comedias y novelas de Jardiel hacen reír, algo no demasiado bien visto por la misma crítica que no advirtió en su época la importancia del *Quijote*, que también propicia la risa; hubo que esperar a que los ingleses les convencieran en el siglo XVIII de que Cervantes había creado la novela moderna.

Ingenioso, brillante y provocador, siempre rompedor y creativo, Jardiel Poncela logró un estilo propio en el que las mujeres rubias tienen el pelo del color de las patatas fritas, un violinista rumano se llama Chulesko y las tardes caen sin hacerse daño.

Padre soltero, a su temprana muerte convenció a su hija mayor, Evangelina, de que hiciera grabar un epitafio en la lápida de su nicho: «Si buscáis los máximos elogios, moríos».

El Editor

Los 38 Asesinatos y Medio del Castillo de Hull

«Happy New Year» (El tiempo es oro).

Lema de Sherlock Holmes

Prólogo

Mi encuentro con Holmes

En la primavera de 1925 había ido a Londres a que me plancharan un sombrero flexible.

El sombrerero me advirtió que tenía que esperar cuatro horas, porque acababa de recibir de la Cámara de los Lores el encargo de reformar veintidós chisteras de seis reflejos, lo que hacía un total de ciento treinta y dos reflejos reformables; y en vista de ello, y como en aquella época no sabía de Londres sino que el Támesis lo atraviesa, decidí darme un paseo por la ciudad. Y para ofrecer la sensación de que también yo era inglés, me compré un monóculo. Traté de colocármelo en la órbita derecha, pero el monóculo se me caía de un modo fulminante; entonces ideé un truco original: me puse el monóculo y me lo sujeté al cráneo con una venda. Y ya, satisfecho y tropezando de vez en cuando con los transeúntes, tomé la dirección de Hyde Park.

Como en Londres no se mide por kilómetros, sino por yardas, las distancias resultan mucho más cortas. De manera que cubrir el recorrido hasta Hyde Park solo me costó dos horas de caminata.

Al cabo de las dos horas entré en Hyde Park por el sendero de la derecha: el que desemboca en la glorieta de las begonias. *(Véanse planos)*.

Y como estaba fatigadísimo, tanto de andar cuanto de mirar por un solo ojo, porque con el ojo en el que llevaba el monóculo no veía lo más mínimo, busqué un banco para sentarme. Pronto descubrí varios muy confortables. Elegí uno orientado a mediodía y que tenía un único ocupante abismado en la digestión de la última edición del *Times*. Murmuré un saludo marcadamente anglosajón y me senté.

Pasaron cinco minutos y dos aeroplanos.

Gozaba con la quietud del ambiente, cuando el compañero del banco que leía el *Times* me hizo esta pregunta de carnaval:

—Caballero, ¿no me conoce?

Alcé la vista y me afronté con un rostro noble y con dos ojos verdes colocados a los lados de una nariz recta, que comenzaba en un entrecejo fruncido y acababa en dos agujeritos ovalados situados sobre una boca de labios finos, entre los cuales brillaban varios dientes blancos que sujetaban una pipa negra, al extremo de la cual ardía cierta cantidad de tabaco rubio, del que brotaba una humareda azul que se perdía en el espacio gris. Todo esto así, del primer golpe.

A ambos lados del rostro, descrito con tanto colorido, se rizaba suavemente una aleación de cabellos y canas.

Lo miré con fijeza durante unos segundos.

Aquel hombre…

Aquel hombre era…

Y lo reconocí al punto.

—Usted es Pacheco —le dije—, el estanciero de Entre Ríos, que…

Pero él me interrumpió negando con la cabeza: para lo cual la agitó de un lado a otro. Volví a tomar la palabra:

—¿No? Entonces… ¡Ah, sí! Es usted Nogales, aquel teniente de navío que cierta noche, en Copenhague…

Segunda interrupción con segunda negativa.

—¡Ya caigo! Es usted Peporro Lacovisa, el secretario de…

El desconocido —porque, por más que yo me hacía la ilusión de conocerle, era un desconocido— negó nuevamente y aclaró con acento suave:

—Soy Sherlock Holmes. ¿No recuerda?

Y efectivamente: era Sherlock Holmes. Pero nada de particular tenía que yo no le hubiera reconocido, pues aquel hombre genial se caracterizaba por lo bien que se caracterizaba, hasta el punto de que, cuando se veía obligado a disfrazarse, tenía que echarse al bolsillo un puñado de tarjetas de visita para poder reconocerse a sí mismo.

Quedé estupefacto. Algo invisible recorrió mis nervios y sentí el frío de los momentos cumbres de la vida, pues me constaba de sobra que Sherlock Holmes había muerto años antes en las cataratas del Niágara.

Él leyó en mis ojos.

—Fue un falso rumor —me explicó lacónico—. Caí, en efecto, en las cataratas del Niágara, pero no me ahogué; no hice más que mojarme.

—¿Y cómo salió usted del agua?

—Chorreando. Ya se lo puede usted figurar.

—Pero ¿luego?

—Luego me sequé.

—Excelente idea.

—Y como, además, me encontraba ya agotadísimo y había en el mundo varios individuos decididos a impedir que yo siguiera respirando oxígeno, resolví conformarme con parecer muerto, como se me creía, y he vivido varios años retirado en una aldea de Sudamérica. La vida del campo y el acento argentino me han devuelto nuevamente las energías; mis enemigos más rencorosos yacen ya bajo tierra, con una lápida en la que se lee la inscripción clásica de «RIP. Se venden fosfatos», y, en suma, me encuentro dispuesto otra vez a afrontar los azares de mi gloriosa profesión. Ayer mismo llegué a Londres disfrazado de perro vagabundo…

—¡Disfrazado de perro vagabundo! —No pude por menos de repetir, exhortado por el asombro.

—Sí —replicó él, con aquella sencillez que le era propia—. De perro vagabundo.

—¿De forma —indagué— que sus aventuras comienzan de nuevo?

—La vida comienza mañana —contestó Holmes, que en su retiro sudamericano había leído contumazmente a Guido da Verona—. Pero hay algo que me impide ponerme al trabajo sobre la marcha…

—¿Y es?

—La falta de un ayudante. Necesito imprescindiblemente un ayudante.

Alzó la ceja derecha, bajó la izquierda y, cuando logró ponerlas de acuerdo, me disparó una pregunta calibre 6.35:

—¿Quiere usted ser ese ayudante que necesito?

—¿Yo?

Y reflexioné, por espacio de unos instantes, la imprevista proposición. Realmente mi vida no tenía objeto. ¿Por qué no intentar la aventura?

—¡Ea, rápido! —Le oí apremiar a Sherlock Holmes—. ¡Decídase! Hemos hablado demasiado y urge ya hacer algo serio. Tiene usted tres minutos para resolver.

—Ya he resuelto —contesté con firmeza.

—No importa que haya usted resuelto —replicó el detective—. Yo acostumbro a conceder siempre tres minutos para resolver. Tiene usted, pues, tres minutos. Tres únicos minutos. ¡Resuelva! *I love you!*[1]

Me quedé mirando al cielo, como si reflexionase, por no contrariar al gran policía; pero como ya antes había reflexionado lo suficiente y no me gusta gastar mi cerebro en esfuerzos inútiles, invertí aquellos tres minutos concedidos en calcular cuánto tiempo tardaría en llegar de Madrid a Varsovia un hombre que anduviese a gatas a razón de dos kilómetros por hora, descansando un día por cada catorce leguas y tres horas cada seiscientas yardas. Cuando iba a saber exactamente en qué punto de Europa caía enfermo el individuo del problema, me interrumpió la voz cortante de Holmes, que decía:

—Han pasado los tres minutos. ¿Decide usted ser mi ayudante?

[1] Lo cual, como se sabe, quiere decir «El tiempo es oro».

—Pues bien, *¡yes!* —declaré al detective.

Y él respondió:

—*All right!* (Porque todavía no he dicho que Holmes repetía *all right* una frase sí y otra no).

Después agregó, cogiéndome por la solapa:

—Separémonos. Vivo en el 57 de Baker Street, como usted sabrá de antiguo. Esté usted allí mañana, a las seis de la tarde. Entre sin llamar, abriendo con la llave, que se halla siempre puesta en la cerradura, con objeto de despistar a los que quieran entrar en mi casa por sorpresa. Mi criada, la señora Hudson, es absolutamente sorda, tan sorda como una tapia de treinta metros; de suerte que no la pregunte usted nada, porque acabarían por hacerse usted y ella un lío tremendo. Pase directamente a mi despacho y aguarde allí. Nada más. Esto es todo. ¡Hasta mañana!

Y Sherlock se levantó en tres veces, pues de una vez no se lo permitía hacerlo su alta estatura; pasose una mano por la despejada frente y, con la cabeza inclinada, en aquel gesto suyo tan personal que le daba un decidido aire de paralítico del lado izquierdo, echó a andar y no tardó en desaparecer al final de la avenida de los rododendros. *(Véanse planos nuevamente).*

Eran las siete y veinticinco, meridiano Greenwich, más Greenwich que nunca.

I
Planteamiento del problema

Una carta y un ponche

Al día siguiente, muy de mañana, me dirigía a casa de Sherlock Holmes cuando advertí dos cosas singulares: que me había puesto una corbata repugnante y que los transeúntes con que me topaba al paso devoraban ansiosamente los periódicos de la mañana. Mirando con atención y serenidad crítica mi corbata pensé: «¡Algo gordo sucede! Pues si no ocurriera algo gordo, los transeúntes no devorarían los periódicos de la mañana ansiosamente, sino que se dedicarían a contemplarme la corbata entre carcajadas salvajes». Porque, en efecto, mi corbata era la tira de tela más intolerable que saliera del establecimiento de E. T. Burns (Altkinsons Royal Irish Poplin

Made in Dublin-Ireland), fabricante de corbatas. Y, de otra parte, de no suceder algo gordo, ¿por qué iba a haberme escrito Sherlock Holmes? Sherlock me había enviado una carta inesperada e incomprensible:

> «Querido Harry: Anticipe usted la hora de venir a verme, acudiendo inmediatamente a mi casa. Ha surgido un problema que merece nuestra atención más concentrada. Traiga consigo dos pesas de setenta libras cada una; es imprescindible que haga usted el camino a pie y a una velocidad media de veintiocho toesas por hora. —S. H.».

Mi primera decisión al recibir aquellas extrañas líneas fue arrojarme del lecho, pues me sorprendieron en un resuelto decúbito supino; en seguida me agarré a un tratado de medidas internacionales para averiguar el tamaño de la toesa francesa y saber a qué velocidad debía ponerme en marcha hacia el domicilio de Sherlock; luego telefoneé a la Real Sociedad Gimnástica Británica, pidiendo las dos pesas de setenta libras y, por último, me afeité denodadamente y me vestí de un modo vertiginoso, lo que explica el que me pusiese aquella corbata infecta.

Sería ocioso añadir que, cumpliendo fielmente las órdenes de Sherlock Holmes, recorrí las veintiséis toesas que me separaban de la casa del detective, las cuales resultaron ser exactamente veintisiete kilómetros y medio; y, como las recorrí a pie y provisto de las dos pesas, aún será ocioso añadir que llegué jadeando al 57 de Baker Street.